



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Abrojos y Azul....

Valentín de Pedro

Pedro Balmaceda, que desde el primer momento tuvo clara conciencia de la genialidad poética de su amigo nicaragüense, al que elogió y ayudó en todo momento, fue quien le indujo, después de costear la edición de Abrojos, a que tomara parte en el certamen literario de Santiago al que Rubén concursó y el que fue premiado su *Canto épico a las glorias de Chile*, lo que traería aparejado, en beneficio del poeta, con el triunfo, la suma de dinero correspondiente al premio. Por cierto que, instándole para que se presentara al concurso, Balmaceda le escribía: *"Trabaja y obtendrás el premio, un premio en dinero, que es la gran poesía de los pobres"*. Frase reveladora, que en lo íntimo no dejaría de doler a Darío.

Decimos que le escribió y así fue, porque Darío se encontraba por aquel entonces en Valparaíso, adonde había regresado en febrero de 1887, al mes siguiente de cumplir los veinte años de edad, y un mes antes de que apareciese en Santiago su libro Abrojos. Volvió a la casa de Eduardo Poirier, donde éste siguió hospedándole, como a su llegada. ¿A qué obedeció su marcha a la ciudad del puerto? Dijo él:

"Cuando en 1887 llegó por primera vez el cólera a Santiago de Chile, puse pies en polvorosa, huyendo del terrible enemigo y me trasladé a Valparaíso..."

Puede que la epidemia fuese un factor decisivo, pero que vino a actuar en un deseo latente en él -abandonar Santiago- si tenemos en cuenta que tampoco Valparaíso queda exento del flagelo del cólera. Deseo de abandonar Santiago y su puesto de cronista de sucesos de La Epoca, manumitirse de aquello que para él debía constituir una verdadera esclavitud. Además, es muy significativo que, cuando volvió a Santiago, con motivo de la entrega de los premios, no se quedara en la capital. Lo

primero que hizo con el dinero que le correspondió en suerte, fue renovar su guardarropa, y así, cuando se presentó en la redacción de La Epoca, lo hizo no en calidad de redactor, sino de visitante distinguido, dejando esta impresión en uno de sus antiguos compañeros: *"estaba muy elegante, de ropa azul marino, corbata a la moda, sombrero lustroso y pañuelo de seda que sacaba a cada momento, como para deslumbrarnos, dando importancia a su persona"*.

En posesión del dinero del premio, Darío debió de creerse ya un potentado. Como cuando el presidente de El Salvador le entregó, también como premio su triunfo con su oda "Al Libertador Bolívar", una bonita suma. Lo que le ocurrió en esta ocasión se asemejaría mucho a lo de entonces. También ahora hubo banquete y libaciones abundantes, aunque esta vez no fue anfitrión de sombras gloriosas, sino de circunstanciales amigos de condición harto humana. Y de amigas, ante las que se desquitaría de los días de escasez convirtiéndolas en venus dignas de beber sólo champaña, sin que faltara entre ellas la llamada Domitila, a la que había hecho objeto de sus preferencias, pese a su ignorancia y falta de afeites, o quizás por eso, pues en la tal vería a la mujer generosa de su cuerpo, que da lo que a ella le dio naturaleza, y es como manantial o fuente para los labios sedientos.

Y tras el despeñarse, acabó en el fondo de aquella sima dolorido y maltrecho. Más llanamente, diremos que enfermó. Con una de esas enfermedades que ya le aquejarían periódicamente durante toda la vida, y en las que se ponía a la muerte, como resultado de aquella especie de furor báquico que le llevaba a exclamar: "¡Adelante!" cuando sus más arriscados compañeros no daban ya más de sí y querían abandonar la batalla de copas.

Alarmados, acudieron los

amigos a su cabecera. Llamaron al médico. Fue a mediados de octubre cuando se sintió morir, más ya para finales del mismo mes estaba en franca convalecencia. Lo malo es que volvía a la vida sin dinero, como había de ocurrirle siempre o casi siempre en casos semejantes. Y tenía que buscarlo. O no quiso o no pudo volver a su puesto en la redacción de La Epoca. Y decidió regresar a Valparaíso. Por cierto que en este período, el último que pasó en Santiago, no frecuentó el estudio de Pedro Balmaceda, y dijérase que le rehuía.

A propósito de Balmaceda, hemos de volver un poco hacia atrás, a los días en que Darío se fue a la ciudad costera, huyendo de la epidemia que entenebrecía la capital, según él mismo dijo. Mas por otra parte, en su Autobiografía no mienta la tal epidemia, limitándose a escribir: "Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde -¡anomalía!- iba a ocupar un puesto en la Aduana". Las dos cosas son compatibles. Una vez Rubén en Valparaíso, su amigo, el hijo del presidente de la República, debió influir para que le dieran aquel puesto en la Aduana -un puesto de guarda inspector-, que se le concede por decreto de Hacienda del 29 de marzo de 1887. Es una manera de protegerle, solucionándole, con un sueldo fijo, los apremios económicos de su diario vivir.

Pero con este empleo del Estado le sucedió algo semejante a lo ocurrido con aquel otro empleo que le ofreció en Granada -la de su Nicaragua-, un comerciante con veleidades de mecenas. Apenas si se presentó a tomar posesión de su cargo de guarda inspector, sin que volviera a comparecer por la Aduana, hasta que al cabo de cuatro meses fue dado de baja por inasistencia al empleo. Mas como todo lo que le ocurriese en la vida había de ser motivo de su canto -verso o prosa-, la consecuencia de su fugaz paso por la Aduana de Valparaíso fue

su cuento "El fardo", de belleza perdurable. Fue también de poca duración un puesto que sus amigos le consiguieron en El Heraldito, diario de la ciudad; pero en esta ocasión, si nos atenemos a lo dicho por él, no porque desatendiera sus obligaciones -cosa de que se lamentaba su amigo Poirier-, sino porque al director le pareció que "escribía muy bien", pero que el periódico necesitaba otra cosa...

Entonces llegaron para él días de miseria, que sensiblemente le arrastraron hacia los bajos fondos sociales donde la miseria tiene su centro. Por singular contraste, aquellos fueron días fecundos para su arte. Se esfuerza por levantarse cada vez más alto en el cielo de la poesía, en tanto en su existencia cotidiana cae más bajo en la escala social. Es cuando frecuenta los ambientes más sórdidos de la ciudad portuaria, guiado por un hombre singular, al que recordaría siempre: el doctor Francisco Galleguillo Lorca, "muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie de leader entre los obreros".

Son días en los que se levanta una frontera en su vida y su arte, en que dentro de sí mismo el arte se establece como región autónoma. Todas las impurezas se queman en su existencia de hombre; el poeta se reserva para sí la exigencia de lo puro, la aspiración a lo alto. *Así surge Azul...*

Es como si *Abrojos* fuese una piel, una fea piel de la cual se ha despojado. A la repelente realidad opone la belleza del sueño; a las miserias de la vida, la fabulosa riqueza de la imaginación. Sí: él posee un mundo más, más espléndido, más deslumbrante que ese otro cuyas puertas le abrió -no para que entrara en él, para que lo entrevistase- Pedro Balmaceda. Ese mundo está en su interior, donde se repliega para cultivar su yo, en el que encontrará ya siempre refugio, huyendo del exterior, y donde se aislará para realizar su obra.

Continuará...